

EXCURSION-REUNION DE DORLETA

12-7-1942

SACRIFICIO Y RESPONSABILIDAD

Después de estas palabras de saludo, piedad e invitación a la unión que se os han dirigido, voy a recoger una palabra, repetida varias veces y que tiene una cara fea diríamos, poco simpática, poco atrayente humanamente, pero que sin embargo, si profundizamos en el bien que hace y la necesidad que de ella tenemos, nos causará menos horror, algo así como ocurre con esas personas que no tienen ningún atractivo exterior, pero que a medida que las conocemos, que las tragamos, las apreciamos más, las queremos más, hasta no poder pasar sin ellas. Esta palabra es el sacrificio. Sacrificio de nuestra personalidad, sacrificio de nuestra libertad.... Que horror!! Todo un detestable programa si solo nos fijamos en la frase, pero no os asustéis.

Lo primero que tenemos que hacer es llenar nuestro espíritu de ideales, ideales nobles, ideales grandes y santos como convienen a la juventud; no nos conformemos con la mediocridad, nuestros fogosos corazones necesitan amar, amar mucho, y amar lo hermoso, lo grande, lo bueno, aunque ese amor nos cueste algunos sacrificios. Caminemos sin miedo, pues sabemos además que "cuando se a ma no hay penas, o si las hay, se aman". Sabemos también que estas cualidades del objeto amado, que incesantemente reclama nuestro corazón, no los encontraremos plenamente más que en Dios y en las cosas que sean de Dios. Una de estas cosas es la Acción Católica, que llevada según la idea del Papa, posee el atractivo de las virtudes y la belleza del apostolado, y ella es el cauce por el cual debemos deslizarnos, y siguiendo la invitación del Santo Padre, ser útiles a la sociedad, ser útiles a la causa Santa de Cristo. No nos ha echado Dios al mundo como se echa un desperdicio, una cosa de ningún valor, sino que redimidos a costa de su Sangre, nos ama con un amor intensísimo, y espera de nosotras el cumplimiento fiel de la misión que a cada una nos ha encomendado, misión que no puede cumplirla más que nosotras, más que yo, puede decirse cada una, y que tenemos tanto mayor obligación de cumplirlas cuanto que las gracias y delicadezas que Dios ha tenido con nosotras son tantas y tan grandes. Indudablemente cuanto mayor es el valor de una cosa, más cuesta el adquirirla, y así este bellissimo ideal, nos exige algunos sacrificios.

Sacrificio sí, de nuestra personalidad, en el sentido de que no podemos proceder cada una como nos dé la gana, sino que tenemos que mirar también el efecto que nuestros actos producen en los demás. Si ponemos por timón de nuestra vida al egoísmo, haremos de la vida común un martirio, y por lo tanto, la vida de la Asociación, detestable; pero si nos miramos como hermanas y tratamos como tales, conseguiremos los fines de la Asociación y se nos hará a todas agradable su vida.

Además tiene nuestra vida un sentido social, desde el momento que todo hombre es miembro de la sociedad y por lo tanto, parte integrante de ella; tenemos en esta sociedad un papel que representar, papel que como os he dicho antes, nadie más que nosotras puede representarlo, y por lo tanto, si nosotras no sabemos cumplirlo, o lo cumplimos mal, quedará un hueco irreparable. Tenemos que tener en cuenta, primero, la resonancia social de nuestros actos, que sean buenos o malos, generosos o egoístas, influyen bien o mal en el ambiente, y sabemos que el ambiente es, a su vez, uno de los medios que mayor influencia ejercen en el hombre. Tenemos que tener en cuenta, la influencia de nuestras obras, de nuestra conducta, que tanto si está animadas por un espíritu de caridad y justicia, o por el contrario, por el espíritu de de injusticia, de egoísmo, o de inmoralidad, serán naturalmente seguidas e imitadas por muchos. Nos creemos anónimos, y no lo somos, nuestros

actos son muchas veces responsables de obras ajenas. Podemos compararnos a un tren, el cual está formado por varios vagones, el descarrilamiento de uno solo de esos vagones, no es indiferente a los demás, es probable que ocasione un descarrilamiento general, y por lo menos será causa de la detención y retraso de todo el tren. Quizá su caída no ocasione una catástrofe, que también puede ocasionar, pero siempre será causa de la detención de todos los demás.

Tenemos que sacrificar también el pesimismo que nos invade a veces por la desgracia, ó a la vista de las dificultades... ó de la sonrisita burlesca de quienes no nos comprenden, pesimismo que nos resta fuerzas y les resta fuerzas a los demás.

Sacrificio de nuestros sentimientos que pueden herir al prójimo, guiándonos al contrario por la caridad.

Sacrificio incluso de la indiferencia, traduciéndola en amor, interés por él, viendo en cada hombre a otro Cristo, amándole con amor sobrenatural que puede llegar a ser más fuerte, mucho más, que el amor que producen los lazos de sangre.

Sacrificio de nuestra libertad para obedecer a las comunes consignas, las cuales debemos acatarlas con la misma disciplina del soldado, que tiene fe en sus jefes, y sabe que de su sumisión ó desobediencia puede depender la suerte de todo el batallón.

Sacrificio para someter nuestra vida a las exigencias de nuestra alma, que es la parte principal de nuestro ser, aunque por muchos no se le concede más que una importancia muy secundaria, y que necesita oración, meditación, meditación, si, y más aun a nuestra edad, en la cual el defecto clásico es el no pensar, el no profundizar... meditación y meditación diaria, sacramentos, que no se hacen más que reglamentando nuestra vida más ó menos y sometiéndonos a ese reglamento, y no guiarnos por el capricho que un día nos lleva a comernos los Santos y otro día a no acordarnos siquiera de Dios.

Sacrificio de nuestra libertad, dejando aún aquello que libremente, con derecho, y con libertad incluso moral podemos hacer, es decir, sin falta ó pecado, sustituyéndolo por otra cosa mejor, más perfecta, o más conveniente para los demás.

Os encarezco y pido la unidad de ese arroyo, dejando de sutilezas y pequeñeces, la unidad de ese arroyo que une su fuerza a otro, que por otro lado baja y coincide al pie de ~~la~~ la falda, uniendo vuestras anhelos, vuestras simpatías, vuestras fuerzas, a las de esa compañera que sea quien sea, coincide con vosotras también, aunque no sea de vuestro grupo, ó de vuestra "cua-drilla". Os pido la unidad de ese arroyo, que después resignándose a los moldes, a los límites de su lecho, ó cauce natural, que simbolizan para nosotras las consignas que se nos dan, es torrente impetuoso que arrolla todo.

Ya sabéis que la Acción Católica como tal, pretende ser en el mundo una nueva corriente vital, nueva corriente que por lo tanto tiene que ir contra la corriente general; la Acción Católica como tal, tiene una función colectiva, la función que un sujeto como individuo no puede realizarlo, pues se necesita para ello la fuerza que procede de la unión de muchos individuos de buena voluntad, y por lo tanto, debe realizarlo una colectividad. Somos algo así como unos revolucionarios (no os asustéis por la palabra) tenemos que hacer en el mundo la revolución de la causa de Dios, y para ello tenemos que imponernos ante nosotros mismos y ante los demás, arrollando el respeto humano. Tiene la Acción Católica la función de crear otra manera de ser, otro estilo de vida, otro ambiente que concuerde con nuestros principios cristianos, con nuestro dogma y con nuestra moral... y no teneis más que echar un pequeño vistazo para ver cuán opuesto a todo esto es el espíritu del mundo actual.

Y ahora concretando un poco las cosas, en Mondragón, campo abierto a nuestra acción, acaso la Acción Católica no haya empezado todavía a realizar esta función específica suya, la función colectiva. Se nota sí, gracias a Dios, ~~un acercamiento~~ el gran fruto de formación que muchas jóvenes han sacado de la asistencia a los Círculos de Estudio, Reuniones y Días de Retiro, pero en este otro aspecto colectivo? Debido a que descubrimos esta huella, la huella social que puede esperarse de una sociedad que cuenta con más de 150 individuos (eso solo la Juventud Femenina). En una plaza ó en una calle no puede pasar desapercibida, ni mucho menos, la presencia de 150 ó 200 individuos que se han impuesto un mismo deber, que piensan igual, que pues tienen unos mismos ideales, que sienten igual y pueden y deben apoyarse, que llevan la preocupación y el sentido cristianos.

Y examinando un poco el pueblo en este ^{aspecto} ambiente, decídme ¿ se siente, se nota en el ambiente esa influencia nuestra? ¿ Sabemos imponerlos y hacer que las conversaciones, el porte, las diversiones tengan ese sello de moralidad y de cristianismo? ó por el contrario faltos de iniciativas nos dejamos arrastrar por las del enemigo ó permanecemos impasibles? ¿Per que? ¿A qué se debe? Nos falta entre otras cosas esta conciencia de nuestra responsabilidad y acaso la de nuestra fuerza.